

# LA DAMA DE JACOBSLAND

MERCEDES SANTOS

LA DAMA  
DE JACOBSLAND



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>  
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Diseño de la sobrecubierta:  Calderón Studio®

Primera edición: noviembre de 2023

© Mercedes Santos, 2023  
© de la presente edición: Edhasa, 2023  
Diputación, 262, 2.º 1.ª  
08007 Barcelona  
Tel. 93 494 97 20  
España  
E-mail: [info@edhasa.es](mailto:info@edhasa.es)

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com).

ISBN: 978-84-350-6409-5

Impreso en Liberdúplex

Depósito legal: B 16810-2023

Impreso en España

«Salud, caballero, tomad el cáliz espumeante,  
    lleno de antiguo hidromiel.  
Nunca pensé que pudiera un día llegar a amar  
    a un hijo de los Vanir, a un hijo de Odín».

Poesía vikinga

## Prólogo

«Soy Freyja  
Y acabo de clavar mi espada  
En el aliento cerrado de tu boca intacta  
Y te respiro en la nuca  
Acechándote  
Observándote  
Lista para la emboscada final y decisiva».

*La maldición, poema vikingo*

*Mar de Poniente. Año del Señor de 966*

El mal tiempo había llegado. Llovía hacía días, zumbaba el viento, y la mar se había quitado la careta y enseñado los dientes. La borrasca cabalgaba a su popa y, entre sombras, el océano se veía bravo, resacoso, enloquecido como un *berserker* borracho buscando pelea. Refulgían centellas a lo lejos y los truenos restallaban sobre sus cabezas. Thor, dios de las tormentas, bramaba de furia.

Las rodela chocaban estrepitosamente contra los laterales del casco. La nave tenía dos vías de agua, las juntas impermeabilizadas con brea se habían descosido, y los gritos del capitán Ivar el Cojo parecían enterrados entre el estruendo de las olas que barrían la cubierta.

—¡Vamooooos! *Raesk, raesk, raesk!*

Las veinte parejas bogaban sin respiro, tratando de enderezar el rumbo de la embarcación, vapuleada por las hijas de Ran. Junto al timón, el capitán manipulaba los cristales de navegación en un intento desesperado por llegar a algún sitio pronto y salvar la vida. La piedra solar, la calcita pulida que sostenía entre las manos, les permitía determinar la posición del sol aún en días como aquél, en que la bóveda celeste permanecía toda la jornada negra. Pero, incluso con su ayuda, habían perdido la posición hacía rato y se mecían a la deriva en el mar de Poniente.

—¿Estamos llegando, Ulf? —preguntó a su lugarteniente, un grandullón con las greñas deshechas y el brazo sangrando—. ¿Se ve ya el condenado faro de Brigantium? ¡Por todos los dioses, tendríamos que estar llegando a ese maldito sitio ya!

—No... No se ve. La noche se lo debe haber tragado. Tal vez las nornas hayan decidido nuestro destino —añadió fríamente, pensando que aquella noche atravesarían el umbral del Valhalla.

—¡Tiene que estar cerca! ¡Brigantium lleva ahí más inviernos de los que nadie recuerda! —le gritó el capitán. Se mesó la barba y, tras retirarse el agua de la cara, se acercó al codaste.

Dos de sus hombres murmuraron por lo bajo, y el *jarl* hizo restallar un latigazo sobre la cubierta. No quería que se desconcentraran, les iba la vida en ello. La vida y algo más. La ruina y la reputación. Su fracaso también lo heredarían sus hijos y mujeres.

Se había comprometido ante su señor, el *berserker* de Danmark, Harald Dientes Negros, a entregar aquel material, y no podían fallar. Tenían noticia de las diferencias entre los magnates de Gallaecia, sus dificultades para admitir como reina a una anciana consagrada al Cristo ese de la cruz, una tiparraca más seca que la boñiga de un reno, y cómo por eso algunos nobles planeaban eliminarla y tomar las riendas del poder.

El astuto Harald había mantenido aquella información en secreto con el fin de ser él quien obtuviera los mayores réditos. Como en ocasiones anteriores, aprovecharía la debilidad de sus adversarios para hacerse —en un descuido de éstos— con sus tierras. Así habían conquistado los normandos casi toda la costa atlántica, perteneciente a los francos, y buena parte de la Anglia. Y ahora llegarían más al sur, hasta la Hispania romana, con parada obligatoria en la rica Jacobsland.

Mientras simulaban venderse como esbirros, introducirían a sus hombres y posicionarían a sus espías en el tablero de juego, hasta que el grueso de las huestes del norte desembarcaran y asestaran el hachazo definitivo. Era frecuente que los reinos creyentes en la cruz contrataran mercenarios normandos para sus correrías, les compraran armas, les pagasen fortunas por aterrorizar comarcas enteras, antes de presentarse como pacificadores y héroes. A veces, la estratagema les salía bien. Otras, no tanto.

Y por eso se habían encaminado hacia la recóndita cala en el faro del fin del mundo, Brigantium, situado en la arista de la *kysten av død*, la costa de la Muerte, donde desaparecían flotas enteras en las tempestades enviadas por el dios del trueno. A Thor le habían hecho sacrificios antes de partir, y a él rogaban ahora con alaridos espeluznantes para apaciguar su furia.

—*Spar oss eller tordenguden og havet! Gud styrke*—cantaban a coro mientras el barco cabeceaba, se hundía entre las aguas y volvía a salir a la superficie, destartalado y maltrecho.

El capitán volvió a estudiar la piedra, arrebuñado en aquella capa de lana de cordero que en esos momentos tanto le pesaba. Debían estar cerca. No podían naufragar, no cuando tenían por delante una importante misión y sus bodegas iban repletas de costosísimos hierros. Los arcos y flechas se amontonaban en pesados cofres, esperando a ser embreados y disparados; los cascos y los yelmos nasales se golpeaban y abollaban en las cámaras, y las hachas y escudos de madera de tilo anhelaban bañarse en sangre cristiana.

—*En, to, tre, gå!*

La *felag* seguía remando, y tres hombres trabajaban sin descanso para taponar la vía en la aleta de estribor, pero la tempestad no cedía, y ninguna luz aparecía en el horizonte. Conocía aquellas corrientes, deberían haberse topado ya con la recortada silueta de la costa. Algo iba mal...

Si se demoraban mucho más, Ivar sabía que lo que les esperaba esa noche no sería una rica jarra de cerveza con la que desentumecer los músculos ateridos de humedad, sino el sueño final. Se besó el diente de ballena que llevaba colgado al cuello y alzó los dedos índices hacia el firmamento. Besó la negrura, la cara cubierta por un velo de lluvia. Si esa noche debían estirar la pata, que así fuera, pero no antes de poder terminar lo que habían empezado.

### *En tierra*

A unas seis leguas de allí, bajo aquel tiempo inclemente, un ramillete de soldados permanecía en sus puestos. Mantenían las hogueras encendidas en la lúgubre torre del ruinoso castillo y a lo largo de la costa para que la nave que esperaban hacía horas pudiera divisarlos. Su señor los despellejaría si el barco no aparecía sano y salvo. Pero la misteriosa nave no daba señales de vida, y el piquete de guardia se impacientaba.

La loriga pesaba, los mantos y tabardos goteaban, el casco hedía y nada les permitía entrar en calor. Los dos hombres que habían salido a caballo a patrullar hasta el *Ardobicum Corunium* regresaban con las manos vacías. El esbirro al mando escupió una blasfemia. El cielo, como si lo hubiera escuchado, le respondió resquebrajándose. Un ensordecedor *strepitus mundi* se expandió como una onda expansiva mar adentro y, por unos instantes, un rayo iluminó las tinieblas. El viento, lejos de amainar, aumentó su crudeza contra los muros. La madre naturaleza ignoraba su petición de clemencia. Les robaba la luz, la paciencia y hasta era posible que la vida.

—¡Mantened la posición! —oyeron los soldados, y todos trataron de recomponerse y volvieron a colocarse en posición de firmes.

Las olas, de al menos treinta pies de altura, batían con fuerza, y alguna inundó la boca de la gruta, a punto de llevarse a uno de los centinelas a rastras, salpicándolo todo de una espuma negra y gélida. La soldadesca tuvo que olvidarse de la orden de su capitán y abandonó sus puestos a todo correr para refugiarse en el patio de armas del destartado y ruinoso fuerte. Los muros tapizados de verdín mostraban el abandono de aquella fortaleza muerta, creando un ambiente siniestro que no invitaba a acercarse a nadie por allí con frecuencia y facilitaba aquel tipo de operaciones encubiertas. Ninguno de ellos sospechaba sin embargo que, no muy lejos de allí, también chorreando agua, congelados e impacientes, otros dos desconocidos los observaban de cerca.

### *Acantilados próximos*

—Es evidente que esperan a alguien. Mirad, ya regresan los que salieron a caballo —comentó el joven, trepando con agilidad a unas rocas para intentar ver lo que ocurría.

Que algo se estaba cociendo, no había duda. Nuño González se parapetó en un hueco, a cubierto, y se dispuso a esperar a su compañero, un balletero a su servicio. Éste lanzó un juramento al rajarse una mano con una arista cortante.

—Condenada roca —dijo mientras se vendaba la mano con su jubón. La sangre empapó la tela deprisa.

Ajeno a sus protestas, Nuño siguió ascendiendo, pese a las salpicaduras del mar furioso que por debajo se batía contra los altos acantilados. En la oscuridad, no debería de haberse visto nada, pero aquellos hombres del fuerte lo tenían todo profusamente iluminado. Parecía evidente que el asunto se les había ido de las manos.

El vendaval arreció, y el balletero a punto estuvo de caerse por el cortado que se abría a sus pies. Era un terraplén de esquisto resbaladizo de unos cien pies de altura que daba a una roquería que, con la bajamar, se veía pulida como un espejo. El faro iluminaba la zona a bocanadas, más mortecino que de costumbre por la borrasca; emitía débiles señales a la oscuridad del horizonte infinito sin que nadie respondiera desde éste. No se veía un alma.

Nuño había llegado hasta allí siguiendo las órdenes del jefe de la guardia de la condesa Nunilo Fáñez, la *comitissa* de Breixos, señora de esas tierras. Tras rastrear las huellas de las últimas piezas de ganado que le habían robado, dos sicarios los habían conducido hasta aquel tétrico castillo. Nuño trataba de acercarse para observar al hombre que estaba al mando de aquella operación, ver si le conocía de algo, si, como se temía la *domina*, era vasallo del señor de Caldas, el hijo de perra del que sospechaba estaba detrás de todas aquellas hostilidades. Sus agresiones eran una forma de presionarla para que aceptase su propuesta de matrimonio. Y, con su mano, robarle su fabulosa dote.

Nuño estaba convencido de que aquel tipo era capaz de eso y de más, pero ahora se preguntaba de cuánto más. Esos soldados parecían muy alterados; algo gordo debían traerse entre manos. ¿Qué hacían allí en una noche como ésa? Desde luego, el ganado robado no lo tenían allí escondido, y no podían estar esperando, bajo tamaña tempestad, unas naves de carga para venderlo en los mercados de Vasconia. Había algo más, y él no se marcharía de allí hasta que lo averiguase, aunque cayera un diluvio bíblico.

### *Mar de Poniente*

Un diluvio divino parecía caer sobre el *Bifröst*, *El guardián del arcoíris*, la embarcación normanda comandada por Ivar el Cojo. Por no llamar la atención, navegaban sin la cabeza de dragón protectora, y ahora la echaban de menos. Ante el temor de hundirse, la *felag* de remeros se había descompuesto, y muchos hombres habían exigido al capitán que aliviara el peso de la nave tirando por la borda el lastre, las costosas armas que transportaban. Ivar se había negado, y la violencia se había desatado.

No remar, dejar la nave a la deriva y pelear entre ellos, en una cubierta inundada y resbaladiza, era lo peor que podían hacer, pero la riña fue inevitable. A puñetazos y hachazos, una parte de la tripulación se enfrentó con la otra, patinando por la sangre y el agua. Zozobran, y al fin el barco se hundió.

Se perdieron en la inmensidad los gritos de aquellos gigantes barbudos. Con sus pesados jubones de cuero y sus canciones horripilantes, fueron sumergiéndose, uno tras otro, con un sordo chapoteo, en la masa líquida. Unos abrazados a maderas; otros, los más, silenciosos ya, desangrados, con los ojos fuera de sus órbitas.

### *Sur de Hibernia*

En la Granja Gustafson, Sela ayudaba a su hermano Olaf, borracho como una cuba y empapado de sangre ajena, a lavarse. Acababa de matar a un imbécil que se había atrevido a reírse de él en la taberna del pueblo. Había osado bromear con algo impensable: que un famoso guerrero como él tuviera que estar vendiendo ganado para hacerse con buenos *drakkars* mientras su hermanastro, Sigmund, ahijado del rey

Hakoon de Noruega, había sido elegido para comandar una nueva expedición a las tierras de Mercia. Que lo llamaran «fracasado» podía costarle caro a cualquiera, pero que lo compararan con aquel malnacido de Sigmund, la vida. Sin dudar, Olaf le había rebanado el pescuezo.

–Tómate esto, es para aplacar a los dioses... –le dijo Sela, ofreciéndole un caldo de hierbas.

Olaf apartó el cuenco de un manotazo, dejó tirada la ropa en el suelo y, haciendo eses, se tumbó en su lecho de paja fresca. Harold, el hijo de Sela, recogió las cosas de su tío en silencio.

–Tráeme la cerveza y los polvos de excremento de foca que guardo en la despensa –le pidió su madre.

Sela calentó la cerveza para preparar una ofrenda en honor a Freya, la diosa protectora de los clanes familiares, del amor, reina de las valkirias y señora de las tormentas, encargada de recoger a los héroes en el campo de batalla para llevarlos con Odín. Su hermano le había prohibido que pidiera su ayuda a aquella maldita diosa que lo había traicionado, pero Sela estaba decidida a desobedecerlo.

Desde que su novia secreta, Asa, la princesa noruega que había terminado renegando de él y casándose con su hermanastro Sigmund, lo abandonara, obligándolo a exiliarse, Olaf vivía obsesionado. Con la guerra, con conseguir el oro y el poder necesario para darles en las narices a todos aquellos que habían pisoteado su dignidad. Y Olaf nunca se había dejado ayudar. Pero ahora, cuando se acercaba el momento de una nueva expedición guerrera, Sela quería implorar el perdón de Freya para él; pedirle otro amor que sepultara su vergüenza, que le permitiera dejar atrás tantos años de dolor y humillaciones.

–Uf –bufó cuando se esparció el polvo de excremento de foca y una nubecilla de vapor se condensó sobre ella.

Olf ya roncaba a pierna suelta.

## *Costa de Jacobsland*

La condesa de Breixos dormía en su castillo abrazada por la niebla. Gemían todas las costuras del edificio; el viento apuñalaba los torreones, la lluvia se pegaba contra sus muros, soplaban tiempos recios. La joven señora, Nunila Fañez, descansaba intraquila en sus aposentos, ajena al extraño movimiento de espíritus que compartían con ella habitación. Las hermosas y etéreas valquirias habían estado todo el día cumpliendo con su trabajo. Enviadas por Freya, debían comprobar para Odín el lugar al que pronto acudirían sus guerreros. Gerhelde, la capitana de esas hadas guerreras, había recorrido ese día los campos gallegos hasta llegar al castillo para estudiar a sus adversarios.

Sobre todo a aquella dama de Jacobsland, tan joven y fresca como el rocío; aquella mujer de la que tanto les habían hablado.

Por eso Freya había aparecido en la estancia. Gerhelde creía que esa mujer podría ser la solución al ruego de Sela. Freya también se sentía culpable por lo sucedido años atrás con aquel humano, Olaf, al que tanto había querido y protegido. Lamentaba que las cosas hubieran salido tan mal, que Loki, en un descuido, se hubiera salido con la suya. Y ahora estaba dispuesta a otorgar a Olaf, a su protegido, lo que tanto necesitaba: una mujer capaz de curar sus desdichas y rescatarlo del infierno.

Miró a la joven que dormía en el lecho y, colocándole una mano en el pecho, la selló. Desde ese día, su alma le pertenecería.

—¡Socorro!

Se incorporó de lecho de repente. Le faltaba el aire y tenía la frente perlada de sudor. Sisalda, el aya celta de la condesa, se despertó en medio de una pesadilla. Aún dando bocanadas, se acercó a la ventana ojival y dejó que la lluvia le limpiase el miedo. Lo había visto con total claridad. Una vez más, había tenido una visión. Conocía el lenguaje oculto de la vida, y su don, en ocasiones como aquélla, parecía más bien una penitencia.

Había presenciado la lucha salvaje en aquel barco desconocido, el zumbido de la muerte, el fragor de la pelea, a aquellos hombres heridos y a esa otra gente que les hacía señales desde los oteros encendidos. Arcos, flechas, cascos y escudos en una hipnótica danza nocturna hundiéndose en el mar. Había paladeado la sangre en la boca de los moribundos y rozado con sus dedos la extraña cabeza de dragón que, bamboleándose, descansaba ya en el fondo arenoso del océano.

La señal de peligro inminente era clara. Aunque, tal vez, ya no. Porque, si aquellos hombres eran enemigos, ahora estaban muertos. Un sudor frío la obligó a acercarse a la chimenea, que escupía chispas de tono carmesí.

Al rato, decidió salir de sus aposentos. Se echó la capa de lana por encima, se calzó los zoclos y, tras tomar a su búho Arwen, descendió por la escalera de caracol hasta el patio trasero. Los guardias le dieron el alto, pero, al reconocerla, a pesar de las altas horas de la noche y lo impropio de su salida, diluviando, la dejaron salir del fuerte. Sisalda suspiró. Estaba ya mayor para esas cosas, pero sabía qué debía hacer: pedir al roble sagrado por la seguridad de todos.

Cruzó un terraplén de charcos temblorosos, y luego, el foso, hasta dejar a su espalda la última garita de la fortaleza. Al llegar al viejo árbol herido por un rayo, sacó de la faltriquera

un pequeño saquito con polvo de tormentila. Se hizo un pequeño tajo en un dedo y vertió en él unas gotas de su sangre, y al momento se fundieron con la lluvia. Rellenó la bolsa con un puñado de tierra y lo depositó en las raíces del árbol.

Durante un buen rato permaneció arrodillada, decidiendo qué hacer, si contarle las visiones a su señora o callárselas para no alarmarla. Esperaría, decidió, puesto que habían naufragado, pero deberían extremar las precauciones. Una energía siniestra se cernía sobre ella, sobre todos. Y era tan espesa que, si alzaba las manos, hasta podía acariciarla... , como se acaricia a una fiera. Y su señora debía conocer el peligro.

Arwen ululó y la miró con sus intensos ojos amarillos, dos estrellas fijas clavadas en una bola de plumas. Con dificultad por los achaques, Sisalda se puso en pie y regresó al castillo, aterida. A excepción de los centinelas, todo el mundo dormía. Alzó la vista y, por un momento, a lo lejos, le pareció divisar una serie de traslúcidas y azules figuras femeninas sobrevolando el puerto. Soltó un gruñido para sus adentros. Debía estar perdiendo la vista.

### *En los acantilados cercanos*

Nuño tomó el camino de vuelta. Acababa de comprobar que había habido un naufragio en una playa cercana. Los primeros restos de la embarcación hundida –parte del velamen, maderajes y toneles flotantes– comenzaban a alcanzar la orilla. Tal vez fuera aquel barco al que los centinelas habían estado esperando.

Seguido por su balletero, cabalgó desde el Portus Magnus siguiendo la calzada romana de la Vía del Estaño. Amanecería muy pronto, y debía informar cuanto antes a su *domina*. Tal vez aquel naufragio fuera la clave que descifrara todos los misterios.

# Parte I

*Siete meses después.*

*Concejo de Iria Flavia. Gallaecia, Reino de León.*

*Navidades del año del Señor de 968.*

«He aquí que veo el linaje de mi pueblo  
hasta sus principios.  
He aquí que me llaman,  
me piden que ocupe mi lugar entre ellos.  
Pero, en los atrios del Valhalla,  
en el lugar donde viven los valientes para siempre».

Oración fúnebre vikinga  
(aproximadamente, 500 - 1000 d. C.)

# Capítulo 1

## *Estuario del Ulla*

El cielo encapotado amenazaba ventisca. Pequeñas volutas de nieve revoloteaban por el aire a modo de prelude. Nunilo se abrochó el grueso manto de piel de nutria y se echó la capucha. Anochecía, la luz se escurría entre las copas desvestidas de los árboles, y el camino desde la isla de Cortegada, por mar o por tierra, resplandecía bajo la luz inquieta y danzarina de las antorchas. Una serpiente de fuego que parecía adentrarse en el infinito como un río de lava, acogedor, que iluminaba el trayecto hasta tierra.

Con la marea baja se aprovechaban los bancales de arena, que durante el día eran zonas de marisqueo, para transitar hasta las pequeñas islas Malveiras. Era tradición en Adviento, dos semanas antes de la Natividad del Señor, acudir a los oficios religiosos del prior Frasquila en el viejo monasterio de Zellanoba.

Aquel edificio tosco de piedra gris, con un pequeño campanario y un interior estrecho y resbaladizo como una matriz, gozaba de gran popularidad. Una cruz también de piedra pero forrada de verdín daba la bienvenida a los creyentes a pie de playa. El islote, cubierto en su totalidad por bosques de laurel y madreSelva, helechos primigenios, pinos y tojos de un verdor de siglos, albergaba aquel sagrado recinto desde tiempos remotos, como punta de lanza de los cristianos frente a los paganos. Fundado por godos re-

convertidos al cristianismo desde la herejía arriana, había servido de refugio a los vecinos ante las numerosas incursiones enemigas.

–Auuu, auuu –aulló Ine, el lobezno de pelo oscuro que las acompañaba, nervioso ante tanto ajetreo.

Nunilo lo tranquilizó con un chasquido de lengua. La señora de Breixos viajaba acompañada por su hermana pequeña Onneca y su aya Sisalda, una mujer voluminosa de ojillos astutos y rostro apergaminado, que, a lomos de un asno, las seguía por detrás. Las tres avanzaban en silencio, afligidas por ser aquellas las primeras Navidades sin el padre, el *come*, muerto hacía cuatro lunas. Huérfanas demasiado jóvenes, sólo se tenían a ellas mismas en la vida. Eso las hacía sentirse más unidas, pero también más vulnerables.

Nunilo, la mayor y heredera del título, las tierras y las servidumbres, no sólo había perdido a su progenitor; también, un año antes, había visto morir a su prometido, Celso Aloítez, en un estúpido accidente de caza. Una jabalina le había roto el corazón abriéndole en canal el pecho. De repente, todos sus planes se habían volatilizado. El futuro tan cuidadosamente planeado por su padre durante años, y para el que ella se había preparado a conciencia, se había esfumado de un soplido. Ahora tendría que continuar sola, guiada por su instinto. Y sabía que se movía en tierras movedizas.

Siempre había sido una mujer conocedora de su responsabilidad como heredera y sucesora de su padre. Sin ser sumisa, tenía unos objetivos claros, siempre protegida y respaldada por el amor de su progenitor. Pero, al fallecer éste y también su prometido, se había quedado sola, al vaivén de la vida y de los acontecimientos. Aunque también libre. Ahora era libre de elegir a un hombre al que amar y respetar, con el que construir un futuro feliz y esperanza-

dor; libre para hacer las cosas a su manera y establecer sus propias alianzas.

–*Oh, Iesus refulsit omniummm.* –El cántico retumbó en la larga columna de siervos que caminaban zigzagueando en la noche, dejando un rastro brillante y efímero como un caracol una mañana de lluvia.

Onneca se animó a tararear la letra del salmo con el que todos los años comenzaban las fiestas en el condado. Un murmullo envolvente palpitaba en el ambiente, caldeando el frío invierno con su energía invisible. Con ese cántico ancestral se emprendían las tareas tradicionales: cocinar los roscos de castañas y bayas negras, elaborar las empanadas de jabalí o de ciervo, amasar los dulces de jengibre y avellanas tostadas, fabricar la sidra, el alcohol de endrinas azules y el hidromiel.

–*Pius redemptor, gentium totum genus fidelium* –reverberó la música, y Onneca, para animar a su hermana, especialmente sombría esa noche, le hizo un gesto con la barbilla para que coreara con ella el estribillo.

–*Laudes genus dramatum, Iesus refulsit Omnium.* Jesús lo ilumina todo –terminó la muchacha con la mirada prendida en las luces titilantes, la respiración entrecortada y unas lágrimas de emoción rodándole por las mejillas.

El aya, aún por detrás, le replicó con sorna:

–Un buen puerco era lo que deberíamos haber matado para recoger el tronco de Yule. Estamos sin muérdago protector, habría que pedir a los leñadores que nos abastezcan cuanto antes.

Onneca sonrió, pero la *domina* la crucificó con la mirada a modo de advertencia.

–Bajad la voz, podrían oírlos –dijo. Hacía tiempo que aquellos dogmas habían sido erradicados y acallados los dioses paganos en el estuario. Nunilo, como señora ungida por el obispo de Compostella, estaba obligada a velar por

el cumplimiento de la nueva religión, y prefería que las creencias ancestrales de su aya se mantuvieran en privado. *Sotto voce*. El obispo tenía largas orejas y muy malas pulgas.

—Arpía pagana —susurró por lo bajo Onneca, y Sisalda se rio, cínica.

El lobo, contagiado de su felicidad momentánea, comenzó a dibujar círculos alrededor de sus monturas, y a punto estuvo de tirarlas.

—¡Vamos, animémonos! ¡Seguro que el nuevo año será magnífico y un futuro esperanzador nos deparará algo bueno! Peor que este año pasado no podrá ser —exclamó Onneca, y Nunilo en eso estuvo de acuerdo. Tal concatenación de desdichas sería difícilmente superable.

El futuro. Nunilo se preguntaba qué le depararía. A veces vislumbraba un rayo de luz, de esperanza; otras, se maldecía por no haber precipitado su boda y haberse casado antes con Celso. Sería viuda, pero seguramente también madre, y habría asegurado la descendencia para su condado, sellado con un hijo fidelidades y alianzas, y esquivado las presiones. Nadie la importunaría... O tal vez sí, pues por ser mujer seguirían considerándola inadecuada para el título, incapaz de mantener sus tierras a salvo, a su familia protegida. Lo que daban por hecho a cualquier infanzón, por muy patán que fuera, ella se lo exigían con recelo.

Aquellos pensamientos desangelados la hicieron sentirse como una vulgar ramera, una mercancía. No había amado a Celso Aloítez, pero lo respetaba y le tenía aprecio. Hubieran podido ser felices, pero el cielo les había arrebatado la oportunidad antes siquiera de haberlo intentado.

Tras la muerte de su prometido, llegaron las presiones para que aceptara en su lugar al primo de éste, un hombre viudo al que Nunilo detestaba de una forma irracional. No tenía nada personal contra él, y muchos en Gallaecia lo tenían en alta estima, incluida la regente, que le había dado

su confianza. Munio Aloítez, señor de Caldas, era un tipo valiente, decidido, seguro de sí mismo..., aunque de dudosa reputación y, a decir de su padre, un pasado lleno de pliegues y demasiados recovecos. Sin embargo, gozaba de buena posición social y fortuna, y hubiera sido para ella el partido ideal. Pero no le gustaba, algo en él la alarmaba. Algo que sonaba a advertencia venida del más allá, esa clase de señales que Sisalda le tenía dicho jamás podían ignorarse. Y ya tenía confirmado qué era: un gusano incapaz de aceptar una negativa, y menos venida de una mísera mujer como ella. Era un mal bicho, un Satán con yelmo.

Desde el fallecimiento de Celso le había exigido –primero galantemente y después con malos modos– que cumpliera los compromisos pactados en su día entre ambas familias. Se consideraba a sí mismo el *familiae haeres* de su primo segundo, Celso, con todos los derechos para desposar a Nunilo. Ante la negativa de la joven, don Munio había acudido incluso al obispo de Compostella y a su gran amigo, don Gonzalo Sánchez, conde de Gallaecia, para obtener así el beneplácito de los dos hombres más importantes del reino y tomar por la fuerza lo que quería.

Nunilo Fáñez lo odiaba con todas sus fuerzas por haberla puesto en aquella disyuntiva. Le había restado apoyos y aliados en el Consejo, y obligado a sufrir sabotajes y robos en su condado. Dejarse convencer, ceder, hubiera sido lo más fácil, pero ceder significaba su desdicha.

–Sisalda, ¿encargaste los tisúes que te pedí para Epifanía? –preguntó Onneca, volviéndose de espaldas–. ¿Te aseguraste de llevar todas las ofrendas prometidas?

–Claro, mi señora. Jamás me equivocaría en lo que a esas ofrendas se refiere. Su padre me enseñó el valor del trabajo bien hecho, que era muy quisquilloso al respecto. La Mater lo tenga en su seno –contestó el aya, chasqueando la lengua para que su montura aligerara. Ésta rebuznó

desabrida. Hacía un frío penetrante, y girones de niebla comenzaban a desplegarse como un velo por la playa. Estaba deseando llegar a la fortaleza—. ¡Maldito invierno! —exclamó, cansada.

Nunilo y Onneca se sonrieron. Onneca apretó los ijares de su yegua, besó en un impulso su cabeza aterciopelada y se puso al lado de Sisalda. Ajena a la inquietud de su hermana, a sus sólo doce años, parecía ese día especialmente locuaz y distendida.

—Me encanta Zellanoba por Adviento. ¿Verdad que no hay un espectáculo más hermoso? —le preguntó.

Nunilo asintió con un gesto de cabeza. Desde la loma donde estaban podía divisarse rutilante todo el estuario del río Ulla, los densos bosques de bejucos y los antiguos robleales donde los ancestros druidas de Sisalda habían vivido. La zona, atravesable al bajar la marea, estaba llena de franjas anegadas y pantanosas, varas clavadas en la arena para indicar pasos privados, mojones y barquichuelas amarradas a estacas. Habían dejado atrás Viveiros y cruzado el concello de Carril.

—¿No te ha parecido hoy algo raro el prior...? Lo he visto intranquilo —comentó Onneca, y su hermana se encogió de hombros. O no había estado atenta, o nada le había llamado especialmente la atención de Frasquila.

El oficio en el monasterio había sido corto. Se habían colocado coronas de laurel y brezo y encendido velones: uno por cada domingo del Adviento, otro por cada virtud: amor, paz, tolerancia, fe. Después, los frailes, con sus testas tonsuradas y sus toscos hábitos de lana cruda, habían desfilado hasta el claustro entonando salmos y con teas encendidas en la mano, para indicar a los asistentes donde podrían dejar las ofrendas, ante un rústico altar de piedra.

Como principal señora de la comarca, Nunilo había sido la primera en colocar a los pies de la Virgen sus obse-

quios: cestas con manzanas, nueces e higos secos, unas monedas de oro y un barril de sidra. Era la costumbre. Su padre lo había hecho cada año.

–*Crucem tuam adoramus Domine... et sactam resurrectionem tuam laudavimus et glorificamus*—resonó contra los rústicos muros de piedra.

Tras presidir el oficio religioso y las ofrendas, habían partido de vuelta al hogar. Algunos de sus vasallos regresaban en botes por mar; otros, aprovechando la bajada de la marea, lo hacían a pie o en carros, carretas y mulos. Todos portaban luminarias y cantaban letanías. La luna se miraba en la tierra como en un espejo, se reflejaba brillante en el océano, ofreciendo un aspecto mágico de la romería nocturna. Una tradición más propia de las costumbres celtas que de las cristianas, aunque consentida por los obispos por las especiales características de aquel reino antiguo cuyas raíces seguían enterradas en la noche de los tiempos.

Aquel día, la aldea estaba atestada de forasteros. A la mañana siguiente comenzaría el gran mercado navideño, y hasta allí se acercarían muchos ganaderos, labriegos y comerciantes de la comarca y de más allende de sus fueros, incluso de León, Oviedo o de Lucus Augusti. Esos días también aumentaba el flujo de peregrinos por la vía sajona, la que por mar intentaba llegar desde las tierras anglas a la Villa Sancti Iacobi adentrándose por la lengua de ría que moría en Iría Flavia y la aldea de Catoira.

Tocaron maitines las campanas de la pequeña ermita de San Fructuoso. Eran las doce de la noche cuando divisaron los oteros de Castello Branco, su fortaleza.

–Señora, un rapaz os espera en el patio –le dijo Romueldo, su gobernante.

Nunilo desmontó del rocín ayudada por un soldado, cogió la tea que su sirviente le ofrecía y, levantándose el brial para no mancharse de barro, atravesó el patio de ar-

mas hacia las caballerizas. Al fondo, tiritando de frío, un paje de unos doce años cubierto con un pellejo de lana trataba de calentarse las manos en la chasca que tenían encendida los centinelas.

–Bien, ¿qué deseas a estas horas para atreverte a molestarme? –le preguntó contrariada–. ¿Quién te envía? –Se sacó los guanteletes.

–Su eminencia el obispo don Sisnando quiere haceros saber que os visitará pasado mañana, temprano, a la hora sexta –puntualizó–. Me manda también deciros que vendrá acompañado.

–¿Pasado mañana? ¿Acaso no sabe su eminencia que estos días estoy muy atareada? Precisamente espero ese día dos embarcaciones en el puerto cargadas de peregrinos a Compostella a los que habrá que dar albergue y refugio. El dispensario necesitará de mis atenciones, y el mercado, igual. ¿No puede venir otro día?

El paje se encogió de hombros, y la mujer, furiosa, le mandó marchar.

Ya en su cámara, su hermana entró a darle las buenas noches. Durante la cena, Nunilo había estado muy callada, y Onneca, conociéndola, temía que anduviese tramando algo. La gentil y luminosa Onneca intentaba hacerle la vida más fácil a su hermana, pero ella no se dejaba. Siempre había sido imperiosa, resolutiva, y el rumbo de los acontecimientos no presagiaba nada bueno.

–Si no me necesitas para nada, me voy a dormir. Si quieres contarme algo...

–No, Onneca, acuéstate... Me ocuparé yo. Tú descansa.

–Te recuerdo que soy tu hermana, y no me gusta que me trates como a una niña pequeña. Padre nos pidió antes de morir que nos apoyáramos la una en la otra, que nos ayudáramos. Eso intento hacer. Yo también puedo ayudar en la casa. Sé hilar con la rueca, preparar cerveza, controlo

bien los establos, y si hay algo que te preocupa, debes contármelo. Entre las dos seguro que encontramos la solución.

–Está bien, Onneca... –cortó Nunilo la perorata de su hermana–. Ya hablaremos de eso otro día, ahora no. Estoy muy cansada.

Nunilo se cepilló el cabello, negro como la brea, se lavó con un lienzo húmedo la cara y, ayudada por una sierva, se deshizo de la ropa. Ésta llenó la saca de cándalos, removió con un atizador el fuego de la chimenea y masajeó los pies de la condesa, entumecidos, para que no le salieran dolorosos sabañones. Luego ella se acostó en un mullido lecho de plumas, y enseguida el calor la reconfortó enseguida. Fuera silbaba el viento, y esponjosos copos de nieve comenzaban a estrellarse contra los muros de la fortaleza. Limpias flores geométricas, complicadas filigranas de agua, se daban de bruces contra las almenas, cruzaban a lo loco el foso y remataban los torreones con su aura blanca y divina.

Abajo, los centinelas se frotaban las manos y soltaban como dragones grandes bocanadas de vaho que se fundían con la negritud nocturna. Una hoguera los mantenía en sus puestos. Tras dar unas cuantas vueltas en el lecho, Nunilo se dejó llevar por el sopor, tibio e íntimo, como una crisálida humana.

### *Compostella, la Villa Iacobi*

La holgada camisa se le escurría por los hombros, como su larga cabellera rubia, justo por donde la mujer se agarraba a él con violencia mientras la cabalgaba. El reflejo encarnado de la chimenea caldeaba el ambiente gélido esos días de arisco invierno. En el cuarto sólo se oía el traquetear de las respiraciones jadeantes, los goznes del lecho y las risas sofocadas que llegaban deshilvanadas desde la taberna de

la planta baja. La mancebía O Corvo Azul, en los arrabales de la Villa Iacobi, estaba repleta esos días. No cabía ni un alfiler entre tanta mugre y tanta fritanga.

El hombre exhaló un rugido que devino en orgasmo y cayó en la cama despatarrado, sudoroso. Ella, una joven pizpireta, se levantó y, aún desnuda, cubierta sólo por el jergón, se paseó por la habitación hasta acercarse a la jarra de hidromiel que reposaba sobre una mesa de madera.

—¿Queréis, eminencia? —le preguntó, y el hombre estiró la mano, en la que relucía un enorme anillo.

La mujer le acercó un pichel de hojalata ya lleno. Él, tras un prolongado trago, lanzó un brusco eructo que hizo tambalaearse hasta la lamparilla.

—¿Vendréis mañana? —preguntó la meretriz, y el otro negó con la cabeza.

—No, no me esperéis en unos días... Y tomad. Tapaos o enfermaréis. —Le lanzó su vasta saya de lana.

La mujer hizo un mohín, pero se vistió y se sujetó el pelo, y entonces castañeó los dedos en señal de pago. El hombre le entregó unos óbolos, y ella, sin decir ni mu, bajó a la taberna. Atrás quedaba el cuartucho con peste a sudor rancio, semen recién expulsado y un jergón reventado al que se le salían las tripas de borra por los entresijos. Apuñalado a coitos.

—¡Aquí, Gonza! —la llamaron otros individuos que apuraban en ese momento sus jarras de cerveza negra, y ella, como una gata, se les acercó con una sonrisa desganada asomándole en la boca.

Un grandullón de manos amercilladas se la sentó de un tirón sobre las piernas y, antes de que la mujer se hubiera recuperado de la sorpresa, ya le desataba la lazada con que se había cerrado la saya y enterraba la cabeza desplumada en su escote. Le succionó los pechos, grandes, y al instante siguiente se la encajó en la entrepierna. Su com-

pañero soltó una carcajada beoda y decidió sumarse a la fiesta: le lamió la espalda hasta la hendidura de las nalgas, jóvenes y prietas. Gonza se dejó hacer; emparedada entre esos tipos, mataría dos pájaros de un tiro y así podría reducir esa noche el trabajo. Con tanto recién llegado, no daban abasto ni las putas ni las posaderas.

Y, mientras los clientes se la trajinaban a cuatro manos como a un arpa bárdica, a ella y a otras tantas chicas, Gonza, hambrienta después de una tarde de demasiado fornicio y poca merienda, robó de la mesa una rebanada de pan con manteca y apuró un pichel de vino turbio que a saber de quién era. Terminó de deleitarse con el irrisorio manjar al unísono que sus clientes exhalaban, a coro con ella, como tres bardos bien enseñados.

—¡Terminad pronto, cabrones! —les pidió Riqueldo, el tercero en discordia, recién llegado de las cuadras, donde había esperado turno para aposentar a sus cabalgaduras—. Tenemos que madrugar mañana. Ja, ja, ja.

En ese momento, un desconocido con cabeza con forma de pepino ocupó su lugar en el banco. No había bancadas suficientes en la fonda y nadie quería irse sin cenar, aunque fueran unas gachas frías o unas tristes sopas de grelos. Esa noche, como arenques en un barril, los presentes en el tugurio tendrían que compartir escudillas, tragos y prostitutas.

El jaleo era insufrible. Aunque arriba llegase amortiguado, en la planta inferior el olor avinagrado de las tinajas y del humo de las lumbres encendidas, donde los calderos burbujaban con nabos y tocino en un mar de caldo, emborronaban la visión.

Don Sisnando se colocó la vestimenta de lino que lo identificaba como un hombre rico: la túnica bordada en los bajos y las pesadas botas de cuero y la capa de piel de oso. Sobre la túnica se cerró el tahalí, de donde colgaba

una espada, y se metió, dedo a dedo, los guantes. Descendió pausadamente por las escaleras de madera llenas de serrín y, haciendo un gesto involuntario con la mano para retirar el humo que lo rodeaba, salió a la calle. Era noche cerrada, apenas brillaba una estrella en el firmamento y las calles estaban anegadas de lodo. Cerca de las cuadras, su criado Magancio lo esperaba frotándose las manos, con el caballo sujeto ya de las riendas.

—¿Regresamos a palacio, eminencia?

El hombre afirmó con la cabeza sin molestarse siquiera en abrir los labios.

Abandonaron la mal afamada barriada del Vicus Francorum. Tomaron la primera salida a la derecha por el callejón del Gato y se dirigieron por la rúa do Franco hacia el centro, siempre en silencio, hasta llegar al Palatium episcopal, una imponente edificación de piedra y madera cerca de la catedral, cosida mediante pasadizos a la muralla, a la puerta Faxeira, una de las siete con que contaba la ciudad amurallada.

La nieve caída por la mañana había empapado las calles, y a esas horas las placas de hielo resbalaban. El lacayo llamó al portón principal con la pesada aldaba de bronce y, desde el interior, una escolta armada hasta los dientes recorrió los troncos atravesados.

—¿Alguna novedad? —preguntó el obispo a sus hombres, y éstos señalaron que su correo personal había llegado de la costa hacía rato.

El obispo subió con ágiles zancadas al piso superior, donde lo esperaba un muchacho con aspecto de haber cabalgado durante horas. Aún llevaba restos de nieve en la capa, las cejas blancas, la piel tumefacta; las botas embarradas habían sembrado charcos en el suelo cubierto de paja y se dibujaban manchas oscuras en las esterillas de juncos.